



Palabras, textos, vidas



MATERIALES FILOLÓGICOS
PARA UNA HISTORIA DE EUROPA



JUAN-PABLO GARCÍA-BORRÓN



Palabras, textos, vidas

Palabras, textos, vidas

MATERIALES FILOLÓGICOS
PARA UNA HISTORIA DE EUROPA

JUAN-PABLO GARCÍA-BORRÓN



UNIVERSITAT DE
BARCELONA

Edicions

Índice

Prefacio	9
INTRODUCCIÓN: SOBRE LAS RAÍCES DE EUROPA.....	11
EL FUTURO: ¿LO QUE ME TRAERÁ EL DESTINO, O LO QUE YO ME COMPROMETO A HACER?.....	25
¿POR QUÉ TRIUNFÓ EL CRISTIANISMO?	29
VISIÓN PANORÁMICA.....	35
El período axial de la humanidad	37
SOBRE LA HUELLA DEL CATOLICISMO EN EL VOCABULARIO	41
TOPONIMIA E HISTORIA: LA EDAD MEDIA.....	49
LAICUM > LEGO	65
SOBRE CIERTAS PALABRAS QUE LLEGARON DE FRANCIA	83
Los nobles	83
La Iglesia	83
Los peregrinos.....	91
UN NUEVO AMOR RECORRE EUROPA.....	97
El amor cortés	97
Andrés el Capellán: <i>El arte de amar honestamente</i>	98
Unas cuantas narraciones picantes.....	112
Devoción por la mujer	118
De la dama amada en la tierra a Nuestra Señora en el cielo	122
Feminización del cristianismo	125
Influencia clerical e influencia laica	128
«Coser» épocas sucesivas y «coser» niveles culturales diferentes	130
Un pequeño desagradio al amor conyugal anterior al siglo XII	132
TRES CRISTIANOS FRANCESES	133
Juana de Arco (h. 1412-1431).....	133
De Domrémy a Reims.....	135
Después de la coronación.....	140
Pascal (1623-1662).....	141
La senda de Jansenio.....	142
Un poco de teología	143
Algunos pensamientos de Pascal	143

Bossuet (1627-1704)	147
La predicación en el siglo xvii	154
La predicación ante la corte.	155
Los libertinos.	158
Algunas otras ideas de Bossuet	159
A modo de conclusión	160
OTRO PASEO POR LA HISTORIA DE FRANCIA	161
Un monte encantador, y acaso encantado	161
Richelieu (1585-1642)	173
LA LEYENDA DORADA	193
1. «La tercera pregunta»	194
2. «La profecía»	196
3. «El cirio partido»	197
4. «Judas»	198
5. «Una notificación admirable»	199
6. «Confesión involuntaria»	200
7. «San Jorge y el dragón»	200
8. «Pecados en la oscuridad»	201
9. «La relación de unos pecados»	202
10. «El príncipe más poderoso»	203
11. «Los Siete Durmientes»	204
12. «Gozando de delicias exquisitas»	206
13. «Un truco de san Agustín»	207
14. «En ninguna parte como en casa»	207
15. «Acerca de dos formas de luchar por una dama»	207
16. «Una señal del cielo, muy nítida»	208
17. «Un ratón blanco, un ratón negro y un poco de miel»	208
18. «Una novedad avalada por san Nicolás»	209
I. «El pedo de los viernes»	209
II. «Después de seis»	210
III. «Un guante y un rayo de sol»	210
OASIS INTERIOR	211
UNA VIEJA ENCICLOPEDIA	215
Epílogo	245
Bibliografía	249

Prefacio

Inicialmente, había pensado que este libro llevaría un subtítulo: *Ensayo de etnolingüística*. Sus primeros capítulos encajaban del todo bajo esa rúbrica. Quienes hayan leído otras obras mías, o asistido a mis clases, saben a qué me refiero con ese término. Siguiendo a Francisco Marsá, entiendo por *etnolingüística* la relación entre la forma de una lengua y las características culturales de sus hablantes. Lo expresaré a continuación con solo dos ejemplos léxicos. Para que las palabras *espabilar* o *viacrucis* se formaran y se llenaran de contenido como lo hicieron, la cultura de los hablantes del español fue del todo decisiva.

Pero, en cuanto examina la construcción de un sentido con que dotar al mundo (y ya no solo de significados específicos para tal o cual palabra determinada), también el resto del libro es un estudio de relaciones entre forma de la lengua (ahora en los textos) y características culturales (las propias del cristianismo). Analizo en estas páginas cómo se ha dado sentido cristiano a la vida, en España en particular y en Europa en general. De este modo, el subtítulo de *Ensayo de etnolingüística* que había pensado al comienzo, teniendo en mente solo la primera parte del libro, y que por fin he preferido suprimir, también habría sido certero para el resto del texto. Esta otra parte de la obra, no tan rigurosamente etnolingüística en el sentido que le otorgaba Marsá al término, se ocupa de algo que, desde el punto de vista histórico, tuvo una importancia enorme para la vida de los europeos (y la tiene todavía, aunque más diluida entre otros protagonistas, ciertamente más visibles); y se trata de algo que, a decir verdad, se conoce cada vez menos, a pesar de que impregna las raíces de nuestra cultura. Examinaremos magníficos textos cristianos que dieron un sentido cristiano a nuestro pasado y que figuran entre las joyas de nuestras literaturas. El sentido de esos textos fue fundamental para construir el modo de entender el mundo que caracterizó a nuestro pasado común europeo; un pasado que llega, como mínimo, hasta la Revolución francesa. Parece, por lo tanto, muy difícil entender nuestra cultura sin estudiar el cristianismo.

(Y contemplaremos desde esta perspectiva, por ejemplo, la forma que adoptó en la cristiandad el concepto del amor, construida en la Francia medieval. Así como otras cosas que el lector tal vez no espera, inducido por prejuicios actuales a entender que la palabra *cristiano* lleva aparejados aburrimiento y desinterés por la vida).

Y eso no es todo lo que me ha impulsado a preparar este libro. Quienes nos interesamos por la historia solemos abominar del adanismo, con razones muy sólidas. Más allá de todos los datos que revisaremos en estas páginas, existe una certeza que confiere un valor excepcional al conocimiento del mundo logrado por la Iglesia. Esta lleva muchos siglos escuchando confesiones de todos, desde el último esclavo hasta el emperador, desde la madre del César hasta la más vulgar camarera de una *popina*,¹ desde el siervo más humilde hasta el rey. Escuchándolas, y reflexionando acerca de ellas, atesora mucho saber sobre cómo vemos nuestras vidas los individuos. Despreciar un conocimiento así de rico, aun siendo un disparate muy corriente, no deja de ir contra la sensatez más elemental.

1 Especie de híbrido entre tasca y cabaret de la antigua Roma, frecuentado por el pueblo bajo. Sus camareras ejercían de prostitutas para los clientes que lo requerían.

Este libro explicita muchas cosas que, de un modo poco preciso, cualquiera de nosotros puede sentir. Todos sabemos que ante una imagen religiosa u otra han pedido ayuda o consuelo infinidad de madres por la salud de un hijo; conociendo nuestra historia, no nos cuesta imaginar a una enamorada que, habiendo visto a su prometido ponerse en marcha con las tropas del rey, pide ante otra imagen que regrese sano y salvo; como tampoco nos sorprendería ver que un hijo, tras darse cuenta de su ingratitud, pide ante otra que su padre lo perdone. Casos como estos —en el fondo, no muy diferentes unos de otros— se han ido acumulando generación tras generación. Este libro expone en muchas de sus páginas lo cargados que están los santos y la Virgen María de sentimientos populares y de sentimientos cultos, y creo que subrayarlo y analizarlo valía la pena; confío en que quien lea estas páginas confirme esa impresión mía.

Introducción: sobre las raíces de Europa

Un niño examina un globo terráqueo. ¡Cómo se ensancha la mancha azul del océano Pacífico! ¡Cuánto se extiende de norte a sur la mancha marrón de tierra en el continente americano! Otras veces, en cambio, el mar y la tierra se disponen de manera caprichosa en relaciones mucho más sutiles. Nos presentan zonas decididamente chocantes. Para distinguirlas bien, nos vemos obligados a aguzar la mirada. ¡Qué pequeño es el paso de las aguas, desde el Atlántico, para colarse en el Mediterráneo! El estrecho de Gibraltar permite ese contacto... o lo dificulta. Según se mire. (Explican los oceanógrafos que el Mediterráneo tarda como un siglo en «cambiar» sus aguas. Ese embudo no da más de sí). Si un niño, en el colegio, observa en el mapa ese estrecho, le llama la atención. ¡Qué cosa tan curiosa! Lo mismo debió de sucederles a los griegos, cuando vieron lo fino que era ese dedo de agua que separa Europa de África. Su mitología se encargó de explicar aquella rareza.

¡Convertir una enorme masa de tierra única en dos continentes, Europa y África! Una empresa semejante no está al alcance de cualquiera. Fue obra de un semidiós griego: Hércules. El lector recordará que este héroe sí estaba capacitado para conseguir un prodigio así. Era hijo de Júpiter y Alcmena. Cuando era muy pequeño —estaba aún en la cuna—, Juno, que lo odiaba, envió dos serpientes para que lo devorasen. ¡Ilusa! Cómo se ve que aún no lo conocía... En cuanto advirtió la presencia de los dos reptiles acercándose, el bebé los cogió en sus manos (todavía regordetas pero ya heroicas) y... los estrujó hasta estrangularlos.

Aquel niño creció, y estuvo así en disposición de acometer los famosos *trabajos de Hércules*, en número de doce. Cualquiera de ellos podría amilanar al soldado más aguerrido. Hércules los llevó a cabo, todos, con éxito. No vamos a narrarlos aquí. Tan solo vamos a recordar que el décimo lo condujo a Iberia, concretamente a la Bética. Allí venció a un gigante que tenía tres cuerpos, Gerión. Era el rey de aquellas tierras. Pues bien, con ocasión de esta gesta, Hércules también realizó una hazaña geológica. Separó dos montañas: la que se llamaba Calpe, del lado español, y la conocida como Abila, del lado africano. Desde entonces, por obra de Hércules, el Atlántico y el Mediterráneo están comunicados. Sus aguas separan África de Europa.

Europa. Este nombre aparece también en la mitología griega. Es un préstamo que les llegó a los griegos desde el este. Unos trece siglos antes de Cristo, adoptaron esa palabra con que los fenicios designaban el poniente, la puesta de sol. Los griegos denominaron *euuropeos* a los habitantes de la parte que prolongaba hacia el poniente las tierras de Asia. Para los griegos, occidente era Europa. Ellos mismos quedaban al oeste, frente a los persas, amos del Asia más próxima a ellos.

Los griegos. ¡Qué insensato parece iniciar unas páginas sobre la historia de nuestra cultura sin atender a su magnífica aportación! Grecia, Roma y el cristianismo son tres etapas que nos parecen claves para dar sus raíces a Europa. Tres ingredientes imprescindibles para conocer nuestra historia.

Los griegos hicieron arrancar la literatura y el pensamiento europeos con un nivel desconcertantemente alto, y con una amplitud asimismo difícil de explicar. Nos sentimos inclinados a considerar gloriosos ese nivel y esa amplitud. Esto casa mal con la impresión de fase originaria que atribuimos a la etapa griega, pero es así. La verdad es que, más que un origen, da la impresión de ser una admirable culminación, por su calidad extraordinaria, su acierto tan amplio en el refinamiento.

¡Menudo arranque! Y los romanos absorbieron aquella literatura lo mejor que pudieron. Entre nosotros, García Yebra lo ha expuesto con especial claridad. Él escribió que, si hay una gran literatura que se haya desarrollado buscando continua inspiración en otra, esa es la literatura romana. Por supuesto en sus comienzos, pero también en su siglo de oro, vio siempre en la griega su modelo.

Cualquier estudiante de latín, por mediocres que sean sus conocimientos, sabe que Horacio, el poeta del siglo I a.C., distaba mucho de ser un escritor más en Roma. Fue uno de los grandes de la literatura latina. Fue un maestro. ¿Y qué maestro proponía él a quienes deseaban llegar a ser alguien entre los poetas latinos? «Los modelos griegos, repasadlos de noche, repasadlos de día». Este fue su consejo de maestro.

García Yebra afirmó que gran parte de la literatura romana brilla, como la luna, con luz refleja; es una adaptación, a veces genial, de la literatura griega. El lector debe tener presente este dato: del siglo II a.C. al II d.C., ambos incluidos, todos los romanos cultos leían la lengua griega.

De manera que la literatura latina absorbió la literatura griega. Para nuestra historia, esto fue una bendición. Recordemos que, entre la fundación de Roma (h. 753 a.C.) y el siglo III a.C., los griegos ya habían construido una literatura escrita, cosa muy notable... ¡y menuda literatura! Habían escrito epopeya, lírica, tragedia, comedia... y, por si esto fuera poco, filosofía e historia. Una literatura así, y de esa calidad, no tenía parangón en todo el mundo. Con las conquistas de Alejandro Magno y la apertura cultural del helenismo, aquella literatura pasó a ser un bien común de todas las personas cultas: o sea, las que conocían el griego, la lengua universal.

Supongamos que uno de aquellos hombres cultos deseaba escribir una epopeya. ¡Tenía a su alcance el modelo de Homero! Imaginemos que se sentía inclinado a componer un diálogo filosófico. ¡Disponía del modelo de Platón! Para escribir una tragedia, podía inspirarse en los versos de *Edipo rey*, de Sófocles; para escribir historia, en páginas de Tucídides...

Desde el siglo III a.C., los escritores más célebres del mundo conocido redactaban sus obras en griego. Intentar hacerlo en otra lengua les habría parecido absurdo. Una idea así se les habría antojado propia de un ignorante o de un loco.

Solo a los romanos se les ocurrió escribir literatura en su lengua materna, y aún hoy tenemos buenos motivos para agradecerles ese atrevimiento, entonces desconcertante. Como observa García Yebra, fueron el único pueblo del mundo antiguo que sintió la necesidad de apropiarse creativamente en su lengua de los admirados tesoros de la literatura griega. Esto puso cultura de veinticuatro quilates al alcance de un público poco instruido.

Así pues, Roma absorbió elementos de cultura griega sumamente valiosos. Por otra parte, tuvo la fuerza de crear y organizar un gran imperio. Con los griegos habíamos vivido un arranque intelectual pasmoso. Luego, Roma fue capaz de armar una creación política portentosa. (Tito Livio vio en ella «el imperio más poderoso después del de los dioses»).

Pero el Imperio romano fue envejeciendo. Fue decayendo, apagándose, al tiempo que el cristianismo iba creciendo y robusteciéndose. El Imperio romano de Occidente fue desdibujándose hasta desaparecer. Para dar forma a un Occidente nuevo, y no sin dificultades, resultó fundamental aquella nueva religión. La Iglesia iba a ser una fuerza primordial para establecer un orden en la Europa medieval. (No me parece exagerado sostener que el cristianismo fue el principal protagonista de la historia de Occidente entre los siglos IV y XVIII, desde Constantino hasta la Revolución francesa. Y este es el período en el que más se va a centrar este libro).

En una mirada global, podemos distinguir tres etapas, con sus dos «revoluciones» o cambios de paradigma, o de discurso (preferiremos una u otra denominación según la empatía, o hasta la fe, con que queramos contemplarlas): 1. El paganismo; 2. El cristianismo; 3. Las democracias inspiradas en la Revolución francesa.

Los griegos demostraron que la razón, bien conducida, podía dominar el mundo (o, si se prefiere, comprenderlo). Los romanos, a su vez, que una pequeña población podía llegar a dominar un imperio inmenso. (Después de ellos, no se ha vuelto a ver ningún otro pueblo capaz de dominar las dos orillas del Mediterráneo. No debe de ser fácil...). Así, los romanos mostraron hasta qué punto era posible dominar políticamente a los demás. El cristianismo, por su parte, demostró que el hombre puede domi-

narse a sí mismo, y hasta superlativamente, pues, aun hecho de barro, puede pasar por este mundo con la santidad que por lo general solo imaginamos en el cielo. (Para muchos de los que miramos el cristianismo con simpatía, eso no pasa de ser una aspiración, por supuesto. Pero, tomada en serio, una aspiración ya mejora mucho las cosas).

Le Goff escribió que la Edad Media es la época en que se gestó Europa, aunque los hombres de aquel tiempo no aspiraran a construir una Europa unida. El Imperio romano era un poder que se había esfumado. Se encargó de traer orden el cristianismo: «Por encima de las fronteras mal establecidas de unos reinos caleidoscópicos, se produjo el paso incesante de grandes corrientes de civilización cristiana», y esto fue fundamental para dar a los occidentales una conciencia común. A partir del siglo XI una palabra nueva, *cristiandad*, se hizo común para expresar la idea de «europeidad».

«Con la Edad Media se rompió la unidad, al menos relativa, de la civilización mediterránea, y se mezclaron los pueblos antaño romanizados con otros que Roma no había conquistado nunca». Los bárbaros, básicamente celtas y germanos, se mezclaron con los latineuropeos. «Amasó este mestizaje el cristianismo», dando uniformidad a Europa. Tratando la situación del siglo VII, Le Goff escribe: «Las nuevas sociedades cristianizadas tenían como mínimo en su capa clerical la sensación de pertenecer a un mismo mundo llamado *Europa*». Nos recuerda el autor que, en toda esa área, ejercían su gobierno los obispos. Y que el monaquismo, entre los siglos IV y VIII, fue el gran cristianizador de los campesinos paganos. Su papel iba a ser fundamental, hasta el siglo XII, para dar forma a la sociedad y a la cultura de toda la cristiandad.

(Por lo demás, de la Edad Media para acá, Europa ha seguido siendo recorrida por corrientes comunes).

Situémonos a finales del siglo VI. En el año 590 fue elegido papa Gregorio Magno. Precisamente un año antes, en el 589, la España visigoda había abrazado el catolicismo. Irlanda ya era católica también. Los francos lo eran desde la conversión de Clodoveo. Y eran católicos, asimismo, los burgundios. El catolicismo tenía fuerza en el occidente europeo. Pero el papa no era conformista ni pusilánime. A su juicio, en aquel tiempo constituía un problema político mayor la presencia de tribus germánicas en territorio romano. El pontífice no se engañaba: sabía que, en una parte de aquellas tribus, el cristianismo no pasaba de ser un barniz muy superficial; y a todos les constaba que otras, como las de los anglosajones que se habían instalado en la antigua provincia de Britania, sencillamente seguían siendo paganas.

Gregorio Magno impulsó una misión a Inglaterra con el propósito de cristianizarla. Para llevar a cabo tan difícil tarea, recurrió a un grupo de monjes de un monasterio romano. Su petición no estaba exenta de dificultades. Aquellos monjes habían jurado con la mayor convicción que permanecerían en el interior del monasterio, «fuera del mundo». Y ahora el papa les pedía que se metieran en ese mundo de hoz y coque, que se comprometieran al máximo a fin de transformarlo..., para lo cual deberían alejarse muchísimo de la tierra donde se encontraban... La misión, a no dudarlo, iba a ser larga y muy peligrosa (en el mejor de los casos).

Pero la idea era del papa, y su propósito no podía ser más santo. Por otra parte, si Gregorio había puesto sus esperanzas en ellos, ciertamente no lo había hecho al azar: aquellos monjes eran obedientes, disciplinados, magníficos conocedores de la religión; y, sin embargo, lejos de ensoberbecerse por ello, estaban dotados de la más sana humildad. Gregorio había creído ver en ellos algo de ejército, pero, desde luego, no un ejército que buscara la guerra. Aquel grupo de hombres obediente, disciplinado y competente sí era capaz de cumplir su misión: evangelizar. (Me permito preguntarme: antes del cristianismo, ¿hubo alguna empresa así sobre la tierra?). Aquellos monjes desempeñaron muy bien su tarea. Realizaron un largo viaje hasta aquel caos polimórfico, que uniformaron y aculturaron con un propósito en el que tenían fe: sembrar el bien, difundir la caridad. Aquellos monjes que habían huido del mundo regresaron a él, con igual determinación, para transformarlo. Y lo lograron. En menos de un siglo, todos los reinos anglosajones se unieron a la fe cristiana de Roma.

Más tarde, cuando acababa el siglo VII, monjes anglosajones tomaron sobre sus hombros la tarea de evangelizar tierras germánicas. Estos monjes misioneros llevaron sus afanes a Frisia, a Sajonia, a Turingia, a Hesse, a Franconia, a Baviera...

Los catorce años de pontificado de Gregorio Magno supusieron un paso importante para la unificación cristiana de Europa. Bajo sus auspicios, la Iglesia consiguió dotar de homogeneidad espiritual a toda una serie de pueblos; los puso en disposición de consolidar una cultura común en Occidente. Recordemos lo numerosas y diversas que eran en Europa las lenguas y las razas. Las diferentes tradiciones bárbaras tendían a disgregarla. Con san Gregorio fue tomando forma la Europa cristiana. (Y todo ello en un estilo modélico. El respeto, la caridad y la humildad de que hizo gala la Iglesia mientras él la dirigió dejaron un recuerdo muy grato. El poder no deja siempre esa sensación).

Los siglos VII y VIII vieron alzarse frente al cristianismo al islam, que le infligió impresionantes zarpazos. Entre los años 632 y 732, el vendaval islámico hizo suyas más de la mitad de las tierras cristianizadas. En Europa, en el último de esos años, 732, el príncipe franco Carlos Martel detuvo su avance derrotando a los musulmanes en Poitiers. Pocos años más tarde, una crónica hispana lloraba la «pérdida de España» a causa de uno de aquellos zarpazos. Al menos, el clérigo que la redactó pudo constatar con esperanza la victoria de «los europeos» en Poitiers.²

En España, la amenaza que se cernía sobre Europa era una dura realidad que tenía sometida a la mayor parte de la Península, y muy dañada a la restante, que procuraba resistir en el norte. Allí escribió una obra angustiosa un monje asturiano, Beato de Liébana. Había tomado el hábito en el monasterio de Liébana, en las montañas cantábricas. En el año 776 acabó sus *Comentarios al Apocalipsis*, que anunciaban la inminencia del fin del mundo. La obra presentaba unos cálculos numéricos de consecuencias espantosas. Dando por bueno que la creación del mundo se había producido en el año 5200 a.C., concluía que su final iba a tener lugar en el año 800. O sea, seis mil años después de la creación. Siendo esto así, al poner nuestro monje el punto final a sus *Comentarios*, al mundo ya solo le quedaban veinticuatro años de existencia...

Un estado de ansiedad semejante era explicable en un monje cristiano parapetado con escasas garantías en las montañas del norte de España, frente al poderoso invasor musulmán. Pero lo que sucedió en el año 800 resultó mucho más esperanzador para el mundo, en general, y para la cristiandad, en particular. En ese año, precisamente el día de Navidad, el papa León III realizó un gesto que pretendía simbolizar el «renacimiento» del Imperio romano. Colocó sobre la cabeza de Carlomagno la corona imperial. El gesto papal representaba la voluntad de contrarrestar aquel extraordinario empuje musulmán. Aspiraba a renovar las esperanzas de creación de una cristiandad latina que, alejada de la bizantina y en confrontación con el islam, prolongara en lo posible el sueño de universalidad que había impulsado Gregorio Magno dos siglos antes.

Carlomagno y los intelectuales que le aconsejaban concibieron una monarquía profundamente cristiana. Para el emperador de Occidente, el cristianismo era el nexo más seguro entre los diversos territorios que dominaba.

Los atlas históricos nos muestran las tres grandes unidades políticas que dominaban entonces Europa, el Mediterráneo y Oriente Próximo: el Imperio abasí, el Imperio bizantino y el Imperio carolingio. En estos tres bloques, la estructura del poder no era la misma. Conviene destacarlo. En esto, Occidente tenía una personalidad propia, más equilibrada y matizada, diferente de la del islam, y también de la de Bizancio. Como es sabido, entre los musulmanes no hay separación entre el poder espiritual y el temporal. Esto había sido así desde el principio. Mahoma fue, a la vez, el líder religioso y la cabeza del gobierno. El Corán, que es un libro sagrado, es también un código civil. Y en la práctica, el poder en Bizancio funcionaba de una manera bastante análoga. Era el mundo occidental el que se caracterizaba por repartir el poder en dos polos.

Europa, con respecto a la religión, siguió una senda que ya venía de muy antiguo. Más o menos nítidamente, se separó la Iglesia del Estado. El cristiano entrega al César lo que es del César. El Evangelio deja muy clara la opinión de Jesús en este punto. Veamos cómo lo expone san Marcos (y en san Mateo encontramos casi las mismas palabras, y otra vez en san Lucas):

² *Europenses*: este fue el término empleado por la *Crónica mozárabe* del año 754 para designar a los francos en la batalla de Poitiers.

LA CUESTIÓN DE LOS IMPUESTOS

Enviaron a Jesús a algunos de los fariseos y del partido de Herodes, para sorprenderle en alguna palabra y acusarle. Estos fueron y le dijeron:

—Maestro, sabemos que tú siempre dices la verdad, sin dejarte llevar por lo que dice la gente, porque no juzgas a los hombres por su apariencia. Tú enseñas a vivir como Dios ordena. ¿Estamos nosotros obligados a pagar impuestos al César, sí o no? ¿Debemos o no debemos pagarlos?

Pero Jesús, que conocía su hipocresía, les dijo:

—¿Por qué me tendéis trampas? Traedme una moneda para que la vea.

Se la llevaron, y Jesús les dijo:

—¿De quién es esta figura y el nombre aquí escrito?

Le contestaron:

—Del César.

Entonces Jesús les dijo:

—Pues dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios.

Esta respuesta los dejó admirados.

A diferencia del islam o del cristianismo bizantino, en el ámbito de la cristiandad latina se rechazó la teocracia. A finales del siglo V, el papa Gelasio I enunció la teoría de los dos poderes: la *auctoritas sacrata pontificia* ('sagrada autoridad pontificia') y la *regalis potestas* ('poder real'). Sin duda, el emperador superaba en dignidad a los demás seres humanos: no en vano, su poder era de origen divino. Ahora bien, en lo tocante a la religión, incluso los emperadores debían someterse a las autoridades eclesiásticas (y, por supuesto, al obispo de Roma). Por su parte, con respecto a la organización de la disciplina pública, las dignidades de la Iglesia, por altas que fueran, estaban obligadas a obedecer las leyes del Imperio.

Gelasio I calibró bien la fuerza de las tentaciones a las que estamos expuestos los seres humanos. Sabiamente, prefirió que ni el emperador ni el papa tuvieran en sus manos todo el poder. Este equilibrio, bien temprano, resultaba «limpio» para la Iglesia, si se me permite emplear ese adjetivo, e introducía pragmatismo en la búsqueda de una gerencia justa de la sociedad.

Sea como sea, esta separación de dos «ramas» del poder no implicaba para nada su falta de «contacto espiritual». El Antiguo Régimen tuvo su base en lo que solía llamarse *la alianza del trono y el altar*. Se ha escrito que el «agustinianismo político» de la Edad Media podría haber consistido en los esfuerzos realizados para penetrar de valores morales y religiosos un gobierno que respetase la separación entre Dios y el César. Solo más tarde tomará fuerza en Europa una postura bien contraria: el maquiavelismo.

En el predominio del campo o de las ciudades en la ordenación general de la vida, la historia dibujó un péndulo. El mundo antiguo grecorromano lo habían liderado las ciudades. Pero esta tendencia empezó a torcerse a partir del siglo II d.C., y no digamos ya con la crisis del siglo III. Las ciudades perdían fuelle. Se iba camino de la ruralización de un mundo que los romanos habían urbanizado intencionalmente.

El estado de las carreteras fue haciéndose cada vez más lamentable. Los sistemas de irrigación y los cultivos también sufrieron. Para la construcción, la piedra se empleaba cada vez menos en favor de la madera. Las *urbes* se empobrecían y perdían habitantes. Muchos de ellos se sintieron atraídos por las *villae* que los patricios se construían en el campo, las cuales iban a convertirse en la célula económica y social de base. El funcionamiento de las instituciones municipales dejaba mucho que desear. Vivir en la ciudad no solo era mucho menos atractivo que antes, sino también mucho más caro. Esta situación, mala a todas luces, se volvió poco menos que caótica con las invasiones bárbaras. La economía monetaria menguaba más y más. En cambio, el trueque estaba en auge. El comercio a larga distancia se iba convirtiendo en una cosa del pasado. Los intercambios con Oriente se hacían cada vez más raros.

Todo esto dio lugar a cambios. En las ciudades, el obispo se convirtió en jefe del poder político. En los campos, los monasterios eran centros de poder; un poder en el que participaba una nobleza poco a poco más ruralizada. Puede decirse que el poder había pasado de la ciudad al campo.

Así vivieron toda una serie de generaciones de europeos hasta, aproximadamente, el siglo x. Pero a partir de entonces, y hasta el siglo xiii, las ciudades volvieron a tomar fuerza y protagonismo. Se produjo en esos siglos una de las fases de urbanización más notables que ha conocido Europa.

Bien mirado, lo que sucedió no fue una revitalización de las mismas ciudades que habían decaído en la última parte del Imperio romano. En Europa, hubo un corte entre la ciudad antigua y la medieval. La expansión árabe de los siglos vii y viii había convertido al Mediterráneo en un gran lago musulmán. Los cristianos vieron así paralizado el gran comercio. Su economía monetaria sufrió un daño grave. Así se explica el truncamiento del desarrollo de las redes urbanas antiguas. Pero progresivamente, a partir del siglo x, una nueva red urbana se fue tejiendo en Europa. El comercio y el artesanado se revitalizaron. Nuevas ferias y mercados encauzaban intercambios que iban alcanzando distancias importantes. La economía y las ciudades crecían de la mano. También los campos producían más. Y se vivía un crecimiento demográfico.

En estas ciudades medievales la vida seguía otros derroteros, a menudo más amables y más ricos. Había mucha gente dentro de sus murallas, en contraste con grandes extensiones de naturaleza poco pobladas. Al calor de estas ciudades se desarrollaron valores nuevos. Interesaban mucho el negocio y el dinero, el lujo y la belleza. Una sociedad laica urbana iba tomando cuerpo en Europa. La antigua sociedad rural vio cómo iba cobrando forma y fuerza un tipo humano diferente, el burgués. Si las reliquias y los santos habían presidido la vida en los monasterios que guiaban a la antigua Europa rural, ahora se iban haciendo un hueco entre los poderosos los burgueses. Ellos estaban más atentos a las horas que indicaba la torre del reloj, a las balanzas, los pesos y las medidas que enmarcaban su actividad y su enriquecimiento.

Este auge de las ciudades, con su nuevo modo de entender la vida, provocaba división de opiniones. No faltaban clérigos que tronaban contra él. Hacían sentir su desprecio y, a la vez, su inquietud por estas novedades. Otros, en cambio, las veían con simpatía. También lo hacían, claro, muchos intelectuales urbanos.

Dentro de sus posibilidades, los burgueses intentaban imitar a los aristócratas. Procuraban adoptar maneras cortesas. A la larga, el desarrollo de las ciudades iba a ser fatal para el feudalismo. Pero eso no fue nada obvio en un principio. La economía seguía teniendo su parte principal en la tierra. Los burgueses trataron de asimilar el sistema de valores de los aristócratas.

La Iglesia, muy rural durante la Alta Edad Media, tuvo que adaptarse a las transformaciones culturales que trajo el nuevo marco urbano. Desde luego, la vida intelectual se había vuelto muy activa en las ciudades. Floreció la escolástica y surgieron las universidades. La discusión pública tomó fuerza. Esta efervescencia pareció inadmisibles a ciertas autoridades. He aquí las palabras de un abad francés que, a finales del siglo xii, se hacía cruces ante el descaro que habían traído los tiempos:

Se discute públicamente sobre los misterios de la divinidad, la encarnación del Verbo, violando las constituciones sagradas. [...] La indivisible Trinidad es desmigajada y hecha pedazos en los cruces de caminos. Tantos doctores, tantos errores; tantos oyentes, tantos escándalos; tantas plazas públicas, tantos blasfemos.

La Iglesia buscó adaptarse a las transformaciones. En el siglo xiii se crearon los órdenes mendicantes. Se instalaron en las ciudades, en conventos. Llevaban a cabo un apostolado específicamente urbano. Estaba claro que el péndulo había basculado. Ahora eran las ciudades las que marcaban los horizontes vitales.

Sea como sea, el viejo esquema funcional indoeuropeo seguía vigente en Europa, y así continuaría hasta el final del Antiguo Régimen, con su división de la sociedad en tres partes: el clero, la nobleza y el estado llano. (Se trata del esquema descrito por Georges Dumézil, que presenta la sociedad indoeuropea compuesta por tres grupos, cada uno con una función: los que rezan —*oratores*—, los que combaten —*bellatores*— y los que trabajan —*laboratores*).

Como ya se ha dicho, este libro examina con especial atención aspectos del período que va desde Constantino hasta la Revolución francesa. Pero, por supuesto, su autor vive en el siglo xxi. No puede dejar de pensar, pues, en la observación de Steven Pinker: Europa tenía unas cinco mil unidades polí-

ticas en el siglo xv, unas quinientas en la época de la guerra de los Treinta Años (en el siglo xvii), unas doscientas en tiempos de Napoleón y menos de treinta en 1953. La Unión Europea es criticada por diferentes motivos, y, en principio, no creo que eso sea malo: la crítica puede indicar que se examina algo con inteligencia y con interés. Pero creo que todos los europeos dotados de un mínimo de sensatez debemos agradecer la paz que esa unión ha traído a un continente que, a una vitalidad maravillosa, le ha unido durante mucho tiempo una inclinación a la autodestrucción muy de lamentar. Países que, juntos, hemos desarrollado una cultura admirable, nos hemos despedazado con una ferocidad vergonzosa y descorazonadora. Yo saludo con auténtico gozo el grado de unión de que disfrutamos, y confío en que crezca. Los problemas no pueden arredrar a un continente que sabe que la historia los trae inevitablemente, y que ha sabido darles tantas respuestas brillantes.

Sí, tendremos que enfrentarnos a muchas crisis. Pero la vida es eso, y nos consta que nuestros abuelos han sabido salir de ellas. ¿Vamos a ser menos nosotros? Puede que la mejor manera de concluir este pórtico a mi libro consista en recordar una crisis de extraordinario calado, de la que salimos asimismo con extraordinaria brillantez. ¡Aquello sí que fue una crisis! Abatió a los europeos con toda la saña imaginable. Sembró el desaliento más riguroso en cada rincón del continente. Y le respondimos... sentando las bases del Renacimiento. ¿Cabía una respuesta mejor? Vamos con el final de esta introducción.

En mi *Semántica de la palabra* dedico algunas páginas al tabú. La lengua es una creación de los seres humanos: por eso es tan fácil encontrar en ella características humanas. Hallamos en ella, por ejemplo, huellas de los miedos que experimentamos. El tabú del miedo se basa en una sensación tan vaga y confusa como eficaz: por algún motivo, los seres humanos sentimos que mencionar algo es llamarlo, atraerlo, favorecer su presencia. Nuestro refranero recoge esta vieja superstición de muchas culturas, dándonos este aviso: *Si quieres que el diablo no se presente, no lo mientes*.

Como es sabido, el diablo puede tomar formas muy variadas. Acaso la peor, la superlativa, haya sido la de una epidemia letal para los individuos y también para las sociedades: la peste. En la historia de los hombres, el grado de terror que inspiraba no cedía a ningún otro.

Su nombre suscitaba espanto. Ni siquiera era preciso mencionarlo. La simple sospecha de que la enfermedad hubiera hecho acto de presencia en las cercanías desencadenaba un pánico colectivo. Unas pocas muertes que se le hubieran podido atribuir precipitadamente, entre dudas bien razonables, bastaban para llenar de terror muchos corazones. ¿Y cómo iba a ser de otra manera? Las estadísticas harían temblar a cualquier hombre sensato. Cuando la peste picaba suave, moría... uno de cada tres enfermos. (Si azotaba en serio, no sobrevivía nadie). Cuentan los historiadores que, en los libros de difuntos de las parroquias, el cura anotaba que tal día murió fulano, que tenía una marca..., y, a partir de entonces, se sucedían las partidas de defunción de familias enteras. A veces, de repente, el párroco dejaba de registrar. Pudiera ser que hubiera huido, lógicamente. ¿Y quién podría culparlo en una situación así? También cabía la posibilidad de que hubiese muerto, con lo que ya nadie registraba su deceso.

Un texto nos habla de un presunto brote de peste en Castilla en el siglo xvi. Dice así:

El rumor de haber peste muchas veces ni se quería mencionar. El temor a usar la palabra maldita, acaso capaz de atraer la epidemia, imponía mucho. Se menciona «el mal» (así se dice muchas veces, para evitar el nombre tan temido), y eso ya basta para que la comarca se vacíe a toda prisa.

La relación de la peste con la historia de los hombres es terrible, apocalíptica. Ninguna otra forma de la muerte resultaba tan obsesiva para cada ser humano y para las sociedades que estos componían. Ante la peste negra parecíamos del todo inermes. Los historiadores han llegado a preguntarse: ¿mató la peste a la Edad Media? Veamos por qué.

Hubo varias epidemias severamente mortíferas. La peor, la más espantosa, abarcó siete años. A mediados del siglo xiv, entre 1347 y 1353, segó vidas humanas en proporciones nunca vistas. Durante aquellos siete años la peste negra sembró de cadáveres todo el mundo conocido. La catástrofe demográfica fue demoledora. (Para recuperar el número de habitantes anterior a la epidemia, fueron precisos dos siglos).

La peste se había llevado a su paso a un número enorme de seres humanos. Y el impacto fue enorme, también, para los que sobrevivieron. Todo tuvo que cambiar, a golpes de horror: la economía, la sociedad y, por supuesto, la visión del mundo de quienes habían sentido pasar sobre sus cabezas aquella ola todopoderosa, aquella manifestación de poder absoluto sobre la vida humana.

No es que nuestros antepasados medievales estuvieran poco hechos a la adversidad. Los años duros no eran entonces ninguna rareza. Si la cosecha, por un motivo u otro, había sido mala, los cereales alcanzaban precios prohibitivos para la gran mayoría. En tales años, el hambre y la muerte recorrían Europa. Los campesinos estaban muy atentos a los designios del cielo. Los campesinos y todos los europeos con sentido común. Por si esto fuera poco, los períodos de guerra eran moneda corriente. Ahora bien, dicho esto, no nos engañemos: este triste panorama no era nada comparado con la que se le vino encima a Europa en el año 1347.

Una epidemia de peste surgió en Asia. Y desde la península de Crimea —situada al norte del mar Negro y fácilmente conectada con Constantinopla—, llegar hasta nosotros le costó muy poco.

Habiendo sufrido durante siete años aquella forma del Apocalipsis, el siglo xiv juzgó que Dios había reservado, para azotarlo, la mayor calamidad de la historia. El impacto psicológico que provocó esta epidemia fue absolutamente desolador. (Hay historiadores que sitúan en este trance «la primera gran depresión europea»). El hombre no está preparado para ver morir a tantos semejantes en tan poco tiempo, para ver desmoronarse a una parte tan enorme de la sociedad en apenas unos pocos años. Hubo que aceptar que una situación terrorífica para la condición humana se hiciera cotidiana, trivial. Y a la salida del túnel solo parecía quedar miseria. El sentimiento de vulnerabilidad existencial se había tornado intensísimo; para cualquier hombre razonable, obligado.

A nivel psicológico, se había tocado fondo. En los corazones, la omnipresencia del luto parecía incapacitar a los hombres para cualquier esperanza. Y sin embargo...

Los historiadores nos muestran esto: esta gravísima crisis se vio seguida de una reorganización del sistema feudal y de un desarrollo de la ciencia y la técnica. La escasez de brazos provocó en los europeos esa reacción. Se ha afirmado, por eso, que lo que se vivió fue un proceso de «destrucción creativa». Si nos atenemos a los hechos, hay que admitir que lo que siguió fue un impulso para la economía occidental. En lo psicológico, esta severidad salvaje que protagonizó durante siete años la muerte acabó conduciendo a muchos de nuestros antepasados a valorar más el bienestar y la prosperidad.

Reducir estas relaciones a meras causas y efectos mecánicos sería simplificar las cosas hasta bordear una explicación, sencillamente, tonta; pero sí escribió con tino Isabel Margarit (directora de *Historia y Vida*) que el sentido vitalista del hombre del Renacimiento y su individualismo son, en parte, consecuencia de la peste del siglo xiv. Ella afirmó que la epidemia fue una catástrofe de proporciones pavorosas, «pero actuó como un poderoso motor de cambio». Por una vez, y con el mayor respeto y gratitud por todo lo que he tenido la suerte de leer de ella, me permito precisar un detalle semántico: yo preferiría «se tomó como», más que «actuó como». Subrayaría la parte activa que correspondió a nuestros antepasados, las decisiones suyas que resultaron de examinar las consecuencias de aquel desastre, y la fortaleza que mostraron en un trance semejante. (No me parece que aquel horror tuviera que conducir inevitablemente a esa reacción humana. Es más, en mi opinión, sería más esperable la depresión, el dejarse hundir del todo). Yo creo que, ¡afortunadamente!, la gente en Occidente reaccionó así. Y esto se me antoja admirable. Como pasa tantas veces con la historia, ahora, visto lo sucedido desde nuestro tiempo, tenemos la sensación de estar frente a un río inevitable, porque efectivamente eso fue lo que pasó y hoy es irrevocable. El río nos ha traído hasta aquí. Pero, cuando intento imaginar y calibrar lo que había sucedido durante aquellos siete años terribles, a lo que me siento inclinado es a subrayar que nuestros antepasados estuvieron fabulosos, enormes, en un trance sobrehumano contra ellos. Vieron pasar muy cerca, entre ellos, aquella inmensa guadaña que parecía capaz de anonadar todos los ánimos humanos; y no obstante, reaccionaron con inteligencia y con vitalidad.

Recordemos lo que pasó.

En el mar Negro, en la península de Crimea, había un puerto llamado Caffa —hoy tiene otro nombre—. Estaba, por tanto, muy bien comunicado con Constantinopla, es decir, con la principal puerta de Europa para todo lo que venía de Asia.